

UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN IX • NUMEROS 5-6

MEXICO, ENERO-FEBRERO DE 1955

EJEMPLAR: \$ 1.50

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M. • MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

LEALTAD A LA TRADICION

EL escritor, como el árbol, crece de su propia semilla pero debe alimentarse y asentarse en la tierra y recibir los alientos vitales de la atmósfera que lo circunda. No puede desarrollarse pues en sí mismo, aislado y fuera de su tiem-

Por José Luis MARTINEZ

po; se debe, tanto como a sí mismo, a cuanto le rodea: su circunstancia lo modifica y condiciona y él, a su vez, modifica y condiciona su realidad en torno.

Siguiendo este símil, la atmósfera, aire y lluvia recibidos del exterior, equivale para el escritor a los estímulos y a las lecciones de la cultura universal que él acierte a captar y a toda la vida misma que haya convertido en su experiencia;



la tierra que lo nutre y lo asienta es la tradición cultural y vital de su pueblo, de la cual él forma parte y es un elemento activo, la que le ha impuesto sus rasgos distintivos, sus posibilidades y sus limitaciones y a la cual su obra personal ha de agregarse, nueva tierra y nuevo sustento para su posteridad, enriqueciendo aquel sedimento o añadiéndole sólo una materia inerte.

El escritor que aspire a una formación orgánica requiere pues, tanto como el impulso de sus propios dones y la conquista de experiencias vitales y culturales, la conciencia plena de la tradición de que él forma parte. Cuando esa tradición es modesta, como ocurre en el caso de México, la actitud del escritor contemporáneo suele ser de desprecio para un acervo que considera que no habrá de mejorarlo ni deleitarlo. Se acerca con una curiosidad prudente a la cultura de su tiempo, que en cierta forma se le impone, pero sólo excepcionalmente procura conocer la literatura que le ha precedido. La brevedad de la vida, piensa, basta apenas para leer, escuchar o admirar las obras maestras de la cultura universal —entre las cuales la contribución mexicana es exigua— y sería insensato gastar el tiempo en obras por lo general secundarias o superables como las que se han producido en nuestro país. Es evidente la necesidad de nutrirnos en los grandes momentos del espíritu, pero, si por satisfacer esta necesidad o sus aproximaciones ignoramos nuestra tradición cultural —lo que equivale a ignorarnos a nosotros mismos—, corremos el riesgo de destruir las raíces que nos sustentan y las únicas que pueden proporcionarnos un punto de apoyo para nuestras empresas.

Por ignorar estas raíces, algunos poetas provincianos comienzan a descubrir el romanticismo y otros escritores pretenden que conquistemos en unos meses las cumbres que se escalan en siglos de constantes esfuerzos. Unos deciden levantar una columna ya erigida y otros resuelven adornar los salones de un edificio que aún no hemos concluido, antes de resolverse a averiguar en qué estado se encuentra la construcción en que todos hemos de coope-
rar. Es posible que no nos parezcan satisfactorias las contribuciones de nuestros antecesores; mas aunque prefiramos contemplar la grandeza de la casa de nuestros vecinos, nuestra obra personal habrá de añadirse a la casa en que hemos nacido y a la que pertenecemos. ¿Cómo conseguir que esa edificación se levante

te armoniosamente y siempre superada si decidimos ignorar la obra de los que nos han precedido? Satisfáganos o no ese pasado, es preciso reconocer en él nuestro punto de partida, una lección y un estímulo y aun una parte de nuestra propia imagen.

Si nos preguntamos a qué se debe en la actualidad este juicio adverso para nuestro pasado literario, advertiremos que tiene su origen menos en la modestia de ese pasado —alumbrado aquí y allá por valores eminentes— que en la escasa atención que le concedemos. Esa atención es conocimiento, estudio, investigación, difusión; en suma, lo que se llama en la actualidad propaganda. Vivimos, en lo literario también, bajo el imperio de la propaganda y no hemos aprendido a concederla a nuestras propias obras. Pero si fatalmente hemos de conducirnos con reacciones tan primitivas, sometiendo nuestras preferencias al repertorio de lo que se nos ofrece seductoramente, seamos generosos también con nuestra lite-

ratura. Y cuando, gracias a nuestra conciencia o solidaridad cultural o a los milagrosos efectos de la propaganda, nuestro pueblo comience a leer el *Periquillo* o los poemas de Sor Juana, *Astucia* o las obras de Altamirano, descubrirá sin duda que las encuentra más interesantes y expresivas —para él mismo— que muchas de las lecturas que hoy lo invaden, reconocerá también, que esas obras le hablan con un lenguaje y unos sentimientos conocidos, los suyos propios, y que le hacen respetar y amar con más verdad a México.

Esta actitud de recelo frente a la tradición literaria —más preponderante entre nuestros escritores contemporáneos que aquella otra que procura conocer y exaltar la tradición—, suele substituirse frecuentemente por un nacionalismo de cortos alcances. Consideran algunos, en efecto, que la mejor manera de ser leales a su patria es patentizar su adhesión a la causa del pueblo, desde una perspectiva política, liberal o conservadora, y dedicarse a la descripción de su historia y sus costumbres. Dueños o no de auténtica sensibilidad popular, se empeñan en obras que si excepcionalmente alcanzan con verdad literaria y humana sus propósitos, por lo general resultan artificiales e ineficaces, como literatura no menos que como propaganda. Su falla fundamental radica, según puede colegirse, en la inconsistencia de su actitud. Carecen, en la mayoría de los casos, de aquel sentido de continuidad esbozado antes y sólo aciertan a cubrir su desarraigamiento, respecto a la compleja realidad espiritual y material de su patria, con un nacionalismo inmediato y deformado. Y si esperan ser más mexicanos por ocuparse de “lo mexicano”, no consiguen, en el mejor de los casos, más que ser folkloristas. Una peculiaridad nacional no proviene de los asuntos, que pueden ser tratados por cualquiera, sino de una conformación espiritual distintiva y ésta se manifiesta fatalmente lo mismo en una obra de inspiración cosmopolita que en otra de asunto típicamente nacional. La lealtad a nuestro país, que es lealtad a nosotros mismos, no tiene otro camino que enderezar nuestra obra literaria hacia el desarrollo orgánico y progresivo de la cultura de nuestro pueblo, y uno de los más seguros caminos para lograrlo es continuar, rectificándola o prosiguiéndola, la empresa colectiva en que participamos, bien aseguradas nuestras plantas en el suelo que nos es propio.

(Pasa a la pág. 13)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

Director de Difusión Cultural:

Licenciado Jaime García Terrés.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

“REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO”

Universidad Nacional Autónoma de México,
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: „ 1.50

Suscripción anual: „ 10.00

PATROCINADORES

ABBOTT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—
BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR,
S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA MEXICA-
NA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR,
S. A.—FERROCARRILES DE MÉXICO, S. A.—
FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—
INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—
(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO
SOCIAL.—LOTería NACIONAL PARA LA ASIS-
TENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA,
S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

del costarricense Vicente Sáenz. Rómulo Gallegos reunió en volumen un grupo de sus prosas dispersas, con el título *Una posición en la vida*. El literato Rómulo Gallegos demuestra aquí sus convicciones y sus experiencias en la lucha política.

NOTICIAS VARIAS

El año estuvo nutrido de conferencias sobre temas culturales. Jaime Torres Bodet disertó en El Colegio Nacional acerca de Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós. La Universidad preparó un ciclo con el título general Los Grandes Temas de Nuestro Tiempo. Tomaron parte, entre otros, José Gaos, Octavio Paz, Wenceslao Roces, Pablo González Casanova, Alberto Barajas, José Pascual del Roncal, Carlos Graeff... La Universidad también, en el aula mayor de El Colegio de

México, ofreció otra serie sobre la literatura fantástica en la Argentina, con Juan José Arreola, Emma Susana Speratti Piñero y Ana María Barrenechea. Con motivo de la sexta feria del libro, Alfonso Reyes inició —hablando acerca de Juan Ruiz de Alarcón— otro ciclo de conferencias, que remató José Luis Martínez con un texto sobre Fernández de Lizardi.

En los diarios, Rosa Castro y Elena Poniatowska publicaron entrevistas con escritores. Grandes fiestas se celebraron por los 70 años de León Felipe y de Rómulo Gallegos. La *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que publica El Colegio de México, recordó —con un número especial— la memoria de Amado Alonso, que fuera director de esa publicación. En su librería, Emilio Obregón organizó periódicamente cocteles en honor de escritores, por distintos motivos: la aparición de un libro, un ingreso en

la Academia Mexicana de la Lengua, la visita al país de un escritor extranjero, etc. Finalmente, señalemos una película cinematográfica, *Raíces*, que basa sus temas en cuentos tomados de *El diosero* de Francisco Rojas González.

Tal es el resumen, a muy grandes rasgos, de lo que se hizo en la cultura mexicana durante 1954. Podría hablar de las revistas —casi todas en manos juveniles—; de las discusiones a *soto voce* a que dieron motivo tanto los conceptos revaloradores que Emmanuel Carballo escribió en el diario *Novedades* como los artículos periodísticos y las conferencias de Octavio Paz; de los comentarios acalorados de uno y otro bando; el que postula un arte “al servicio de” y el que lucha por la “libertad” del artista. Porque de todo hubo. Pero el temor de agregar lo prolijo a lo somero de esta reseña me induce a preferir el punto final.

(Viene de la pág. 2)

Insularidad.

Circunstancias y hechos diversos, que no hemos sabido o no hemos podido conjurar, han llevado a nuestra literatura a una situación de insularidad, de aislamiento en el concierto universal de la cultura, incompatible con el desarrollo y la madurez que ambicionamos. En primer lugar, debe mencionarse una circunstancia puramente externa a las letras, y de orden político y económico, que ha contribuido a crear esta situación. Recibe el nombre de “barreras aduanales”, las que si bien están encaminadas a proteger aspectos fundamentales de nuestra economía, redundan en perjuicio de nuestra cultura. Salvo contadas excepciones, no podemos vender, sin riesgo de pérdida, nuestros libros a los países extranjeros —que necesitan divisas disponibles de dólares para poder pagarnos—, y sólo podemos comprar libros extranjeros si dejamos salir nuestros pocos dólares y pagamos altos impuestos y comisiones a los distribuidores y libreros. Con esto protegemos indudablemente nuestra propia industria editorial y de paso nuestra economía general. Pero el hecho es que, además de recibir el daño de estas coacciones externas, por propia iniciativa, cerramos aún más nuestro mundo con un violento afán nacionalista, con un ciego orgullo que nos lleva a proclamar, en todos los tonos y en todos los órdenes, la supremacía de lo nuestro, y aun nos induce a desestimar cualquier juicio externo que contradiga nuestra exaltada patriotería.

Hemos llegado así a la organización de un pequeño universo privado que, para nuestra república de las letras y las artes, cuenta con sus propios mitos, con su propia tabla de valores y de rangos, a los que no

LEALTAD A LA TRADICION

dudamos, incluso, en darles un alcance universal. Hemos renunciado pues, fatal y voluntariamente, a una circulación universal, con sus riesgos y sus consecuencias, porque sentimos que es más cómodo ser nosotros nuestros propios jueces y porque nos bastamos a nosotros mismos. Pero ocurre, un día u otro, que de fuera nos llegan voces tan disonantes como autorizadas, que descubren nuestro error y echan por tierra nuestros queridos mitos. Y ocurre también que los valores que hemos declarado universales sólo lo son para nuestro cerrado universo, pues todos, fuera de nosotros, los ignoran.

Padece ciertamente nuestro orgullo siempre que incursionamos fuera de nuestra corte; de ahí que me parezca tarea imprescindible e inmediata la de procurar tanto esa confrontación de nuestras obras con las de la comunidad universal a la que pertenecemos, como en general el restablecimiento de una doble corriente, hacia fuera y hacia dentro, de nuestra cultura.

No es ésta la ocasión para analizar con detenimiento y profundidad la cuestión relativa a si es un hecho o no que nuestra cultura, y en especial la literatura, haya alcanzado ya una autonomía, una plenitud y una madurez. La impresión de muchos, que comparto, es de que estamos justamente en el umbral de esa madurez, y con ello basta para el presente objeto. Pues bien: si esa madurez o principio de madurez existe, una de las principales pruebas que su verificación nos exige es la de someter nuestras creacio-

nes a una circulación universal, tan amplia y generosa como sea posible. Necesitamos esforzarnos porque nuestras obras se prueben en el juicio del mundo, y no sólo en el nuestro, complaciente y prevenido; y correlativamente, es preciso que perdamos de una vez por todas el miedo a disolvernos —a disolver nuestra nacionalidad cultural— si aceptamos una robusta circulación universal en nuestros intereses intelectuales y en nuestras propias conciencias, que al fin, su madurez misma los llevará a asimilar los jugos que les sean provechosos y puedan fecundarlos, y a expulsar los que fueren dañinos para su peculiar economía interna.

No es extraño a la furia nacionalista que padecemos el afán desmedido, que periódicamente nos ha aquejado, de extranjerizarnos. El curso de nuestra historia cultural independiente, es un flujo y reflujo entre el impulso nacionalista y el extranjerizante o cosmopolita. Y el reciente impacto de la Revolución fué precisamente, en este aspecto, una profunda afirmación nacional en contra de lo que nos era ajeno y postizo. Nada más saludable que este volver siempre a nuestras propias fuentes y afirmarnos en nuestras propias raíces, a condición de que no perdamos, por ello, el sentido de la realidad que nos trasciende y a condición también de que no nos arrastre a los extremos perniciosos de un aislacionismo. Justamente, uno de los más seguros signos de nuestra madurez será el perder de una vez por todas el miedo o la insensata devoción por lo extranjero. La salud y la fortaleza de nuestra cultura vendrá tanto de la profundidad de nuestras raíces como de la altura y de la amplitud de las frondas, abiertas para todos los aires del mundo.